

Conferencia sobre la paz

CONFERENCIA SOBRE LA PAZ

CONFERENCIA

SOBRE LA PAZ

DADA EN LA SALA DEL «OPERAI ITALIANI» EL 22 DE ABRIL DE 1901

POR LA SEÑORA

GABRIELA DE L. DE CONI

BAJO LOS AUSPICIOS DE LA SIGUIENTE COMISIÓN :

DOCTOR ERNESTO QUESADA, DOCTOR CARLOS VEGA BELGRANO, DOCTOR CARLOS BAIREN
DOCTOR FEDERICO TRXO, DOCTOR NICOLÁS REPETTO, DOCTOR PEDRO N. ARATA
Y DON ALBERTO J. GACHE

No descuidéis la posibilidad de que algún día la temida desgracia llame a la puerta de vuestro hogar trayendo duelo. Entonces, el remordimiento por vuestra inercia y el recuerdo de los ya apagados ojos que tanto amábais, hostigarían vuestra vigilia con su doloroso reproche...

BUENOS AIRES

IMPRENTA Y CASA EDITORA DE CONI HERMANOS

684 — CALLE DEL PERU — 684

1901

DISCURSO DEL D^r ERNESTO QUESADA

Señoras, señores :

La comisión que os ha invitado á esta reunión para oír á la señora de Coni, me ha confiado la grata tarea de presentar á la conferenciante. Estoy seguro, sin embargo, que el discurso que desde ahora nos preparamos á aplaudir, será su mejor presentación. En efecto, sabemos todos que esta dama tan gentil ha conquistado, tiempo ha, un puesto propio en el dominio de la literatura. Libros tiene que han llamado la atención aquende y allende los mares; y es su producción constante, en forma de colaboración á revistas científicas, introduciendo, en medio de áridas disertaciones médicas, la nota graciosa y femenina de una sutilísima psicología de la infancia. Pero, si su talento de escritora es justamente apreciado en determinados círculos y cenáculos, no ha trascendido aún al público en general; de modo que el anuncio de su conferencia forzosamente ha despertado, como primera impresión, una curiosidad inquieta, que

ignora los títulos de quien tan tranquila y arrogantemente lo convoca.

Esto es tan solo lo que desearía exponeros brevísimamente, siquiera para contribuir á que se escuche con mayor confianza la palabra de la conferenciante, y se medite sobre las ideas que se propone desarrollar.

Desde luego, es todavía exótico entre nosotros el hecho de que una dama convoque un auditorio para presentarse como apóstol de una idea. Puede que en ello influya el atavismo de raza, porque la distinguida conferenciante ha nacido en el extranjero, si bien ha formado aquí la educación de la inteligencia, desde que, venida al país en esa tierna edad en la cual se reciben las impresiones duraderas que, como criterio y tendencias, se incrustan hondamente en el cerebro, no oculta su personalidad el sello indeleble del ambiente argentino. Su casamiento con el médico descollante, cuyo saber y tesón por el estudio todos admiramos, la ha permitido compenetrarse íntimamente con nuestro medio social é intelectual. De ahí que, de su origen extranjero, sólo conserve un ligerísimo matiz que subraya casi sin quererlo su producción literaria, y caracteriza la tendencia de sus ideas y la manera de exteriorizarlas. Precisamente es de ello ejemplo la conferencia de esta noche, afrontando sin titubear las dificultades de una propaganda pública, la cual, á primera vista, parece exigir un esfuerzo extraordinario en un carácter femenino, habituado á la acción tranquila en el hogar y en la sociedad.

Por otra parte, no es esta la primera vez que la seño-

ra de Coni triunfa en estas lides del pensamiento. En Chile obtuvo un éxito ruidoso, congregando á la flor y nata del público santiaguino en uno de los teatros de aquella capital : y la liga internacional que propuso obtuvo acogida tan singular, que, á una voz, se aclamó la inclusión de todas las damas chilenas, sin distinción alguna, como miembros de la nueva asociación.

Fuera de estos antecedentes, harto significativos, la conferenciante tiene mérito suficiente para exigir respeto y consideración por sus ideas. Es una escritora que, en su novela *Fleur de l'air*, ha estudiado una época social argentina, demostrando que sabe darse cuenta no sólo de los grandes movimientos políticos, sino de la esencia misma del orden social nuestro, tan heterogéneo, tan difícil de concentrar en una síntesis jugosa, tan lleno de cambiantes y matices, debidos á la constante acesión de los elementos de otras razas. Ha tentado la autora sorprender, en plena gestación, la forma que asumirá en lo porvenir la raza argentina, una vez que haya terminado la compenetración de tan diversos componentes. Audaz era el propósito : y si alguien podía aspirar á realizarlo, era precisamente una mujer, porque esta, « si es posible, — como se ha dicho alguna vez — que no pueda ver tan lejos como el hombre, en cambio ve más rápidamente y penetra más en lo hondo ». El hecho sólo de abordar ese problema, indica que no estamos en presencia de una personalidad indefinida y que se confunde en la masa común de las gentes más ó menos felices : es una individualidad marcada, que está resuelta á plantar su jalón en el campo de la producción intelectual.

Y ese libro, malgrado todas las observaciones de que pueda ser susceptible, ofrece esta particularidad : revela en cada línea que es una mujer quien lo ha escrito, pues conserva un cierto perfume femenino que encanta y seduce, aun en aquellos pasajes que el lector pueda, á las veces, juzgar débiles ó errados. Ha orillado así la autora el inconveniente, difícilmente salvable, de las escritoras profesionales, de las *bas bleu*, que pierden el distintivo de su sexo, suprimiendo lo femenino como si fuera signo de inferioridad. No. La autora de *Fleur de l'air* se conserva siempre mujer, á pesar de ser escritora, y, lo que es más noble aún, mujer que revela ser madre : sus cuentos cortos, publicados en la *Revista de higiene infantil* (que es órgano del « Patronato de la infancia ») demuestran á cada paso que se complace en recordar las emociones inefables de la maternidad, y en cultivar esa ciencia profunda del conocimiento de la niñez y de la penetración de su psicología : en lo cual la mujer es inimitable, porque sus emociones, su imaginación, su temperamento, son más vivaces, más *videntes*, más sutiles, que los del hombre. En esos cuadritos, — que son verdaderas miniaturas, — como en su mentado libro, la autora ha preferido usar su lengua materna, el francés ; pero juzgaréis dentro de un instante con qué soltura sabe también manejar el castellano, y con qué peregrino conocimiento de sus tesoros hace resonar sus acentos más dulces y sus notas más enérgicas.

Fué así que, en Santiago de Chile y en plena época de efervescencia militar y guerrera levantó valientemente el pendón de la paz, invitando á todas las mu-

jeros de América, en nombre del sentimiento augusto de la maternidad, — que no engendra y educa sus hijos para que sirvan de carne de cañón, — á formar una liga internacional que se proponga la propaganda en contra de la solución brutal y terrible, de la guerra. Conozco aquella conferencia, y pláceme la discreción con que ha encontrado el terreno neutral donde pueden confraternizar y actuar las mujeres de estos países, cuyos hombres parecen tan profunda é irreconciliablemente divididos en cuestiones internacionales gravísimas. Su propaganda está caracterizada por una sensatez admirable : busca, anhela la paz, pero sin que ello importe exigencias ilusas, como sería la prédica extemporánea del desarme á todo trance ó la condenación *in totum* de toda guerra : por elipsis se adivina que el amplio espíritu de la conferenciante tolera los armamentos, porque los considera cabalmente la mejor garantía de la paz ; y que recuerda las guerras sacrosantas de la independencia, para comprender que sería excesivo condenar toda guerra por el solo hecho de ser tal, olvidando si implica ella la existencia ó el honor de la patria, en cuyo caso las mujeres han competido siempre con los hombres en el sacrificio, y las madres han sido las primeras en poner las armas en manos de sus hijos aun imberbes. Ahora mismo, en esa lucha heroica del pueblo boer por su independencia, son las mujeres las que ayudan á los esposos hasta en los combates mismos, son las madres las que empujan á sus hijos á las primeras filas del peligro...

Así, así me gusta aplaudir la propaganda por la paz :

proponerse su triunfo en lo futuro, organizando fuerzas en ese sentido y empleando para ello ese poder enormísimo que tiene la mujer en la vida moderna, en la cual, al dominar y embellecer el hogar, se ha convertido en compañera de su esposo y en amiga de sus hijos. Y por lo mismo, tal vez, que su inteligencia no se encuentra distraída por el cúmulo de nociones y por la enorme cantidad de atenciones, que agobian y absorben al hombre, la mujer desarrolla una eficiencia inmensa en sus asociaciones, y, cuando *quiere* algo, lo alcanza : recuerdo aun, hace algunos años, la influencia avasalladora que rápidamente conquistó la liga femenina por la temperancia, ejerciendo una presión visible en las costumbres en los Estados Unidos y obligando á los hombres más recalcitrantes á someterse y prestarla pleito homenaje.

¿Logrará la señora de Coni análogo resultado? ¿Encontrará el número necesario de neófitas, para ayudarla á convertir á las excépticas y á las indiferentes? El porvenir tan sólo lo dirá : vosotros, ahora, tendréis la oportunidad de presentir el éxito eventual, al oír la palabra elocuente y calurosa de una conferenciante tan distinguida, tan sincera, tan digna de aplauso y tan mercedora de una respetuosa simpatía intelectual.

CONFERENCIA

Señoras, señores :

El 8 de enero del presente año di en Santiago de Chile una conferencia titulada : *Ofrenda de las mujeres al siglo XX*. Hablaba entonces en público por vez primera en mi vida y leía, como hoy, en un idioma que no es el mío, una conferencia que había escrito en francés.

Es evidente que siendo mujer la que se atreve á frontar tan desventajosas condiciones, debe sentirse impulsada por poderoso móvil. En efecto, señoras, el secreto de mi decisión está encerrado en dos palabras : *entusiasmo y amor*.

He recibido la debida recompensa en Santiago, con la creación de una *Liga americana de mujeres para la paz y el progreso*. Alentada por tan magno resultado, espero de vosotras, señoras, idéntico premio á mis esfuerzos.

En París, esa ciudad en la cual basta que una iniciativa sea generosa para que parezca natural, he escuchado

conferenciantes que me encantaban por su sencillez y convicción. No solamente sus palabras me conmovían más que la de los hombres, sino también que las comprendía mejor.

Es que hay temas, que acrecientan su interés al ser tratados por una mujer — no por lo novedoso del asunto — sino porque esos temas nos atañen tan directamente que un hombre, con mucho más talento, no podría á mi juicio dilucidarlos tan bien como nosotras. Faltaríale la apreciación exacta para hablar de sentimientos peculiares á la mujer y que no ha experimentado.

Me dirijo pues á vosotras, señoras, confiando ingenuamente en llegar á vuestro corazón por medio de mi sinceridad, convencida de no exponer nada que os extrañe. Al contrario, creo expresar simplemente, de viva voz, pensamientos que á menudo habrán cruzado por vuestra mente y que vuestros labios han callado.

No obstante, debo desde luego fijar un punto del cual deriva mi derecho para hablar de una *Liga americana de mujeres para la paz y el progreso*. Argentinas y extranjeras, esposas y madres como yo de argentinos, tenemos todas el mismo interés, el mismo amor que proteger. Por esto debemos unirnos para defenderlos, sirviendo al mismo tiempo grandioso ideal, digno de las aspiraciones femeninas. Si desgraciadas circunstancias acarrearán mañana una guerra, tendríamos todas que pagar el mismo tributo; tributo que no se paga en oro, sino en esa otra moneda mucho más preciada, acuñada á semejanza propia durante el lento trabajo de nuestras entrañas; moneda muy querida, cautelosa-

mente guardada, pues nos ha costado mucho y nos costará aún mucho, hasta que la muerte cierre nuestros ojos. Es en nombre de ella, señoras, que os pido indulgencia al principiar mi conferencia.



Hace poco tiempo que ciertas ideas de unión y solidaridad germinan en las clases cultas como en la masa laboriosa del pueblo. Sin embargo, es bien añejo el aforismo : « la unión hace la fuerza ». Sin duda los hombres no han querido ser fuertes, pues recién recurren á dicha unión.

En cuanto á las mujeres... proverbial era su desunión. Ella consiste principalmente en las rivalidades de las grandes señoras, en los chismes de salón de las ociosas. Las demás mujeres : las ricas que consagran su tiempo á los hospitales, á los desgraciados ; aquellas que por su modesta fortuna están obligadas á dirigir el interior de sus hogares ; en fin, las mujeres del pueblo, cuyas noches y días no bastan á sus tareas, éstas no disponen de tiempo y no concurren á esta desunión.

No tan sólo piensan en ella, sino que por el contrario han comprendido lo que les exigía el propio interés : estar unidas. De ahí nació el feminismo. Surgieron entonces sociedades para contrarrestar la injusticia de la suerte de la mujer y reclamar para ella iguales derechos que el hombre.

No trataré de esta cuestión, señoras. Si he pronunciado la palabra feminismo, mágica palabra para nos-

otras, después de la cual nos sentimos más personales, menos pasivas, es simplemente para mostraros lo que puede la unión y una incansable propaganda, animada de viva fe, desechada sin embargo en su principio por la burla, por artículos cáusticos de diarios escritos por las más aceradas plumas.

No debemos olvidar que muchas obras de feministas, son hoy día otras tantas victorias.



Antes de la apertura de la última Exposición Universal de París, cuando las obras estaban en su mayor actividad, tuve ocasión de visitarlas y fuéme dado contemplar hermoso espectáculo por cierto. Los obreros de diferentes razas y nacionalidades, juntos trabajaban en esa magna labor del progreso universal. Escuchélos balbucear, cual niños, palabras extrañas para ellos, esforzándose por hacerse comprender, lograr su intento no sin trabajo, concluir por reír felices, y satisfechos tenderse la mano y marcharse juntos del brazo.

Al lado del albornoz del árabe, veíase la túnica del chino, el ruso hablaba italiano y el alemán entonces dirigía quizás al francés la frase que refería Severina, la valerosa escritora francesa : « ¿Dime, en fin, por qué nos hemos batido en 1870? »

Y ambos buscaban la razón sin encontrarla!

De la mezquita á la pagoda, del palacio de las grandes naciones á los más pequeños edificios, los obreros llamábanse entre sí, saludábanse unos á moda de otros,

invitábanse recíprocamente á saborear su cerveza, su kolir ó su vino.

Convencida estoy que esa buena gente habrá sufrido el día de la separación.

Este espectáculo fraternal y cosmopolita es inolvidable para mí. Ha dejado en mi espíritu una impresión profunda y conmovedora, origen de la fe que me anima y enternecida aún me complazco en recordároslo!

Fué entonces que ideas llamadas sublimes, porque la crueldad de algunas tórnalas extraordinarias, ideas empero lógicas y sencillas, hicieron camino.

Cuando se constituyó la « Liga Internacional de Mujeres para la paz » muchas estaban ya preparadas para comprenderla y ayudarla.

Aquellas que como yo, hanse sentido animadas para sobreponerse á las preocupaciones materiales diarias, las que aprecian la bondad, la caridad, la simpatía mutua, las que tienen horror á las revoluciones sangrientas y las guerras, hanse convertido en prosélitos y apóstoles. Con propios ojos han visto *que la fraternidad no es palabra vana, la paz una utopia y que los pueblos se aman ó desean amarse.*

Es tan exacta y verdadera esta afirmación, que á cada instante la encontramos comprobada. El diario parisiense *Le Matin*, refería el hecho siguiente :

« Los franceses y alemanes que han combatido al lado unos de otros, durante la actual guerra del Transvaal, se han apreciado entre sí con tal espontaneidad, que llegaron á formar un solo grupo, estrechándose duraderas amistades.

« En la noche del 14 de julio, en la isla de Santa Elena, los franceses prisioneros en la guerra del Transvaal comían en su *mess*, púes las autoridades inglesas, por medida de prudencia los habían acampado por nacionalidades. Brindaban los desterrados por la patria ausente, cuando de repente, vieron llegar hacia ellos numeroso grupo lanzando entusiastas hurras : eran los alemanes que, con su coronel á la cabeza, acudían á asociarse á los franceses para celebrar su fiesta patria.

« Levantáronse éstos conmovidos y los alemanes entonaron entonces la Marsellesa, cantándola todos en coro.

« Abrazáronse después, reinando una emoción indescriptible... »

Creo, señoras y señores, que los testigos de tan consoladoras escenas no las olvidarán jamás, y si la guerra los pusiese frente á frente, el fusil les parecería más pesado á sus hombros y el sable temblaría en su mano.

En el mes de agosto del año pasado, reuníanse en París, en el salón de fiestas del palacio del Luxemburgo, tres ó cuatro mil miembros del Congreso de Medicina acompañados de sus familias. Era tal la concurrencia, que apenas era posible moverse. De pronto estrecháronse más las filas y pude apercibir entonces á un anciano encorvado, de aire modesto, apoyándose en el brazo de una joven. Á su presencia abríase espontáneamente amplia senda, en tanto que á su paso inclinábanse reverentes ante este anciano y su Egeria. Tan profundamente respetuoso era el saludo, tan religioso el silencio que sucedía al bullicio que, en el primer momento creí tratárase de algún regio visitante, venido de incógnito,

pero no tardé en oír un murmullo corriendo de boca en boca : « ¡Es Wirchow, el sabio alemán! »

Momentos después descendían la monumental escalera destacando su casco sugestivo y su vistosa silueta sobre el rojo tapiz, los cirujanos militares alemanes, dirigiéndose al salón de baile. Desde hace treinta años quizás este uniforme atraído por la hórrida guerra y la arrogancia de la victoria, no había vuelto á cruzar por la fastuosa escalera.

Y ahora, los hijos de los vencedores, los dueños de la Alsacia y Lorena... iban á bailar á los acordes de música francesa!!...

¿Entonces no son ya « los enemigos hereditarios »?

Oh! sacro poder de la ciencia, tolerante generosidad del intelecto, admirable indulgencia humana, con cuanto complacencia el espíritu os admira!...

Otros ejemplos más recientes y más inmediatos os convencerán, señoras, sirviendo de apoyo á mi afirmación.

Argentinos, ¿ cómo habeis acogido á los brasileños? ¿ Cómo os han acogido los chilenos á vosotros, periodistas y médicos argentinos?

Ah! si para conquistar la Libertad, el siglo XVIII concluyó anegado en sangre, con la toma de La Bastilla, el siglo XX ansiando la Fraternidad, entonces prometida, quiere iniciar una era de amor. Los pueblos visitanse unos á otros, convidándose á principescas agapas, cual en otros tiempos las ofrecían los reyes; estúdiense entonces recíprocamente, se estiman y luego se aman, sorprendidos de haber ignorado durante tanto tiempo

lo que eran y lo que valían. Y la indulgencia, la caridad acaban entonces de sellar la obra, iluminando el camino antes obscuro y señalando la meta.



Ahora, señoras, que nos es permitido por fin desarrollar prácticamente las dotes intelectuales que poseemos, ahora que se nos reconoce aptas para disputar nuestro lugar al hombre en la lucha por la vida y defender la justicia ante los tribunales, ¿por qué no lanzaríamos, guiadas por este instinto que nos da un derecho, el grito que reprimimos, la idea que á fuerza de callarla nos roe en nuestras vigiliás, enrojece nuestros ojos y nos consume á nosotras, madres : « ; *Abajo la guerra!* »

Cuántas de vosotras, ayer no más, admirando vuestros hijos, robustos y fuertes, vestidos quizás de militares, no habréis temblado! ¿No se apodera de vosotras el miedo, cuando un artículo de diario, un telegrama, anuncian un hecho susceptible de alterar la tranquilidad de los pueblos; haciendo brotar la sangrienta chispa?

Ah! que nos dejen nuestros hijos!...

Los hemos cuidado tanto desde la cuna, dolorosamente inquietas cuando la fiebre hacía brillar sus ojos, cuando la tos desgarraba su garganta, cuando era menester velar noches enteras ; y qué noches interminables! Cada día de su vida, durante su primera infancia, ha sido señalada por una angustia, por pasajera que fuera. Su

primera palabra nos ha llenado de emoción y de inefable dicha.

Y esa carne suave y fina, esos bebés rosados, hijos de pobres ó de ricos, que hemos arropado con lo mejor que poseemos, esos niños, alegría y tormento de nuestra existencia, ¿para qué los habremos cuidado y amado?

La cruel respuesta escapa de nuestros labios :

Para hacerlos soldados y los soldados sirven para la guerra!!...



Parece que todo concurriera á este *algo* inevitable, que todo lo preparara : amor, odio, rencor, pobreza, riqueza. Hasta la fecundidad misma toma parte : las mujeres tienen sinnúmero de hijos. Habrá, pues, esposos y madres, para reemplazar á los que se marchen. Cuando se complete un total, lanzáranse á la matanza estos hijos, que en países antagónicos abrigaban quizás iguales ideas de altruismo y de bondad, idénticos deseos de paz y amor mutuo, análogas sospechas sobre las caprichosas ambiciones de los grandes que los engañan con palabras pomposas y huecas.

Y esos caprichos cubren al universo de sangre, como no podrían hacerla derramar el hambre y la rabia de las bestias feroces unidas del desierto y de la selva.

No es posible en el momento actual sustraerse á esa sugestión. Paralelamente á la nueva corriente civilizadora, diríase que otra, formada por costumbres antiguas, debatiérase en lucha de agonizante. Por todas partes la ejecución sigue á la amenaza. Combaten los

europesos en Africa, en Asia ; ayer eran los americanos contra los europeos. « Batámonos, saqueemos, mientras sea tiempo, pues quién sabe si mañana el pueblo soberano nos dejará obrar ».

‡ Y nosotras, mujeres, defensa natural del hijo, nosotras menos valientes que la leona que no se deja arrebatarse sus cachorros ; nosotras, potencia que se ignora, no obstante que todos los días vemos en el hogar cuán poderosas somos ; nosotras, que no tenemos más que querer para unirnos, al menos moralmente, á esas ligas admirables de que os hablaba, ligas que podrá seguramente un día retardar, eludir ó debilitar las catástrofes, — ya que no evitarlas — nosotras, las mujeres, NADA HACEMOS!...



Pero, hay algo más aún. Inconscientemente, preparamos nuestros hijos para esta fatalidad. Casi al abandonar la cuna, les damos en seguida después de los inofensivos juguetes de caucho, ese otro juego bárbaro, muy sugestivo, por cierto : los soldaditos de plomo ! El niño los pone en fila... feliz el padre, le presta ayuda. Y después de haber colocado los enemigos en presencia, el niño, loco de alegría, precipitando el desenlace, los entrevera y aplasta.

« Todos han muerto ! », dice.

Jugará aún mucho tiempo á los soldaditos, comprendiendo poco á poco mejor este juego y considerándolo tan natural como las ternuras de sus hermanas para

con sus muñecas. Más adelante, un principio surgirá para él de la salvaje diversión : « *En la guerra para ser valiente, es necesario matar á muchos; los que más matan son los que ganan!* ».

Más tarde, pero ¡ay! no mucho después, tomará el revólver de su padre, para examinar el mecanismo del tentador juguete, mil veces más interesante para él que su caballo mecánico ó su pequeña locomotora. Y entonces, adoptando actitudes provocadoras, arqueando la espalda, extenderá el brazo empuñando el arma, en la creencia — ¡oh! cruel ironía! — que parodiando la matanza, se asemejará más á un hombre — y algunas veces, el inocente matará sin querer!

Mucho después, so pretexto de ejercitar el pulso y conservar la puntería, para satisfacer también su vanidad, irá al tiro á la paloma, para manchar con sangre los lindos pechos de plumas blancas! Ah! señores, qué satisfacción, qué emoción experimentáis entonces! Habéis olvidado que en la escuela os enseñaban á no destruir los nidos, los pájaros, y ahora sacrificáis esas simbólicas aves!...

Felizmente, como prueba de los sentimientos delicados de la mujer, pocas son las que concurren á ese pasatiempo.

Sin embargo, señoras, con semejante educación, — aproximadamente la misma en muchos países, — los que llevan en su cerebro el germen de la persecución á sus semejantes, lo desarrollan, y el placer por las luchas ó las escenas sangrientas, resumiendo quizás lo que dormitaba en el alma de sus antepasados, ó constituyó

principal rasgo de su estirpe, se fortalece y torna una necesidad.

Entonces asistimos aterrorizadas á ese despertar que hemos provocado y que *seguramente* podíamos atenuar. No creáis ni por un momento, señoras, que esos casos constituyan la excepción.

Durante la batalla, en muchos soldados se desencadena ese instinto, esa embriaguez de la que se nos habla, provocada, según se dice, por la pólvora y que llaman *coraje*.

Pero, por más que se diga, cuéstame creer que esos soldados piensen ir en busca de la muerte. Sólo piensan en distribuirla frenéticamente, hollando cadáveres, pisoteando moribundos, heridos impotentes, irguiéndose sobre agonizantes caballos, para ir á atravesar pechos, sablear rostros, cortar miembros al azar de la espada, traspasar carnes con la bayoneta, matar en fin de cerca con el revólver, sordos á los agónicos quejidos, á esa melopeá lúgubre que nosotros quizás no oiremos jamás, pero en la que nuestros hermanos, nuestros hijos, formarán coro.

Decidme, señoras ¿llámase *coraje* esa rabia horrible? ¿*Coraje*? es decir, una virtud, una cualidad que debe encerrar en si misma una belleza! Victor Hugo va tan lejos en sus apreciaciones al respecto, que no me siento con valor para traducirlas.

Seguramente el cuadro que acabo de describiros, no es el de la guerra moderna, en la que figurarían ingenieros, aeronautas, ciclistas, químicos, electricistas, sin olvidar á perros amaestrados. En ella habría que morir

conforme á los adelantos de la destrucción, sin que quedaran ni siquiera vestigios del hijo ó del esposo amado, pues ni mutilados volverían! Pero, si aquel cuadro no es el de mañana, es el de ayer, mucho menos pavoroso que el relato de testigos oculares. No insistiré... sabiendo que mi descripción es pálido reflejo comparado con lo que algunos de vosotros, señores, podéis haber contemplado.

.

Y, sin embargo, tan civilizado es el hombre, aún más, tan refinado, que detesta todo lo que ofusca sus sentidos. A su cuerpo, objeto de solícitos cuidados, descánsale en mullido lecho, envuélvelen finas telas... quiere sobre su mesa frutas de otras tierras; busca en invierno calor y flores, manjares helados y brisa fresca en verano. Sabe adormecer el dolor, vencer el insomnio... Ha tratado de ennoblecer, de idealizar ciertas exigencias de su naturaleza y lo ha conseguido, pues ha sabido tejer de deliciosas ilusiones y convenciones, el velo tupido y magnífico del amor. ¡A qué altura no ha sabido colocarse el hombre!

¡É increíble contradicción! Á la par del irracional se bate todavía y no retrocede espantado á la vista de la sangre que derramó!

Con el conjunto de facultades físicas que él posee, podía prescindir de este extremo. Del mismo modo que algunos de sus sentidos y su inteligencia le advierten del peligro, porque podría defenderse difícilmente con sus miembros de la agresión de las fieras, el hombre tiene un arma para combatir al hombre su hermano,

arma persuasiva si queréis, pero en fin, arma. Es la *palabra*, señores, la *divina palabra*, y él quiere ignorarlo!

Observad en el recreo á los sordomudos que no han comenzado aún su instrucción. Seres humanos son como nosotros, algunas veces inteligentes, y aunque la educación ha ejercido sobre ellos su benéfica influencia desde que están en el mundo, os sorprenderá al verlos instintivos y crueles; se disputan, se maltratan sin motivo, se insultan con gritos ásperos y la vigilancia de los maestros es tan extremada, que no hallo calificativo para elogiar su paciencia.

Es que aún no disfrutan de la palabra; no la entienden todavía, pero á medida que la comprenderán, suavizarán su trato, tal es el poder de esta hada que explica, cternece, subyuga, perdona y hace resplandecer por arriba de los pueblos, la serena lógica y la soberana razón!...

Arma defensiva, ¡oh! palabra, te hacen ofensiva en las cancillerías, en la tribuna, en los diarios cuando te estampan, en las conversaciones íntimas de la familia! Eres escudo y te convierten en puñal afilado diariamente, sin pensar que, consecuencia fatal, tornaráse más tarde contra la propia sangre.

Y si mantenéis todavía la guerra, señores, poseyendo la inteligencia, el sentimiento y la palabra que sirve para expresarlos, es porque la queréis. ¿Acaso soportáis por mucho tiempo á los tiranos? Y la guerra, ese tirano, existiendo desde que el mundo es mundo, todavía no ha sido vencida... pues no la habéis combatido.

Habéis querido dejar ese trabajo hercúleo á las mu-

¡eres que os aman, ¡ oh, hombres! hijos de sus entrañas; queréis, pues, que en las luchas más fratricidas, en las revoluciones sangrientas intestinas, impidan ellas el crimen? Y bien, si queréis Sabinas modernas para separar los hermanos enfurecidos, Sabinas serán!



Refrenaremos, pues, nosotras madres, los instintos de que os hablaba más arriba, recordando las proféticas palabras de Jesucristo: « El que con espada mata, con espada morirá ». Empezaremos á infiltrar á nuestros hijos, desde su más tierna infancia, una educación antiguerrera. No más sables, soldaditos, pistolas, no más esos trajes militares con que se les disfraza apenas llevan calzones. Adolescentes, les prohibiremos la frecuentación de las salas de armas, de esgrima, la abrumadora parodia de la gimnasia militar. Les inspiraremos el amor de toda otra carrera, persuadiéndoles que sus manos no han sido hechas para matar y sí para trabajar y estrechar la de los hermanos y que si hay jueces para conciliar las desavenencias de los hombres, los habrá también para conciliar las de los pueblos, sobre todo si éstos llegaran á detestar la guerra.

No nos hallamos, pues, en los bárbaros tiempos en que la madre, al entregarle su escudo, decía á su hijo: « Regresa con él ó sobre él »; en esa época en que cuando nacía un niño débil ó enfermizo, arrojábasele al río ó por arriba del muro almenado, cual se haría con una nidada de gatitos.

Hoy, por el contrario, cuanto más enclenque y débil es el niño, mayor cariño le dispensan sus padres. Si es enfermizo, su madre trócase en su esclava y circunscribe el horizonte de su vida, al horizonte limitado del hijo.

Los tiempos han cambiado, entonces! Sí, pues la piedad, fruto de la civilización, ha despertado sobre ciertas costumbres, los instintos nobles de la humanidad; pero fáltale anonadar la guerra, y como el corazón de la mujer es receptáculo de inmensa bondad, *de ella la civilización espera este potente esfuerzo!* Además, es conocido el camino para llegar á este resultado: sois vosotros mismos, americanos, quienes lo habéis trazado, sólo falta proseguirlo. No solamente ha demostrado la América que no es refractaria á las ideas modernas, sino que se anticipa en determinados casos, á las naciones que enseñan sin *practicar*.

Al someter á arbitraje varios de sus litigios, el alumno ha sobrepasado al maestro; mas para que la lección sea completa, para demostrar que ha sido realmente sincera, al solicitar el parecer de un tercero, es menester que sepa someterse á sus decisiones. Y confío, señoras, que en esos momentos la liga hará sentir su benéfica influencia, ya entre nuestros vecinos, ya entre nosotros mismos.

Indudablemente, hay sentencias de penoso cumplimiento, y son ellas que en la vida privada constituyen su dignidad; cimentan también la de una nación, demostrando altamente su lealtad y respeto por la cosa juzgada.

Pero, si por desgracia, á pesar de todos los esfuerzos combinados, la guerra tornárase inminente, ¿qué haríais, vosotras, esposas y madres, socias de la liga americana? ¿Vestiros de luto como lo aconsejan Julio Simon y Ruskin? ¡Platónica protesta!

Si en tiempo normal supiérais que algún hijo vuestro se halla en peligro y podéis impedir que regrese mutilado ó muerto, ¿no os precipitaríais locas de angustia, donde creyérais hallar su salvación?

Pues bien, lo que haríais aisladamente, hacedlo entonces todas juntas, como frecuentemente lo hacen las americanas del norte, pues no quisierais ser menos animosas que ellas. Que las casas se vacíen; que las calles y plazas públicas se llenen: que las gerarquías se confundan; no más aristocracia del dinero ó de raza, no más burguesía, no más mujeres del pueblo: *todas madres!*...

La que deslumbra en los salones, como acicalada dama, la burguesa de holgado bienestar, como la proletaria de callosas manos, se codearán, convencidas de que aisladas nada pueden, en tanto que unidas atrevránse á todo y sacarán fuerza de su acercamiento. Entonces podrán decirse unas á otras:

«Gracias, hermana, tu presencia me hace esperar la salvación. Tal vez en tiempos normales enemigas somos: tal vez sufras cuando gozo; tal vez me maldigas, obrera, cuando me ves pasar ostentando lujoso vestido, y lo comparas con tu ajada pollera; pero hoy, ¿qué haría sin tí? Lloraría encerrada en mi hogar, ocultándome temerosa de ser injustamente tildada, y al ver mis lágri-

mas, acaso dijeran: « ¡ no ama á su patria! » como si un amor debiera excluir el otro; como si la pérdida de uno de los dos pudiera compensarse con el otro! Hoy, como vos, soy pobre madre, nos iguala la angustia devoradora, nuestros enrojecidos párpados. Voy contigo, hermana á pedir jueces».

En los demás países el mismo grito resuena. Allá, aquí, más allá, la liga de las mujeres hace repercutir idéntico gemido plañidero. Acreeienta entonces la incertidumbre ó hácela nacer; ayuda al pueblo á tornarse dueño de su propio destino y á encaminarlo según sus deseos. La americana no puede creer, con su fe sublime, que los pueblos que han lanzado gritos de paz, puedan ser cómplices de un insulto ó de una injusticia el uno hacia el otro: *los pueblos se aman!*...

Proclamadlo por todos los ámbitos, señoras, infundid esta convicción, predicad entre los hermanos la santa paz. Y el resultado será la abolición de las guerras, de las revoluciones sangrientas, que tantas lágrimas os han costado, madres argentinas.



Casi todas las naciones sudamericanas tienen cuestiones de límites. Á la par de los propietarios, es en la famosa cuestion del muro medianero donde debe buscarse el secreto del enceguecimiento de los empedernidos, de la cólera de las gentes más pacíficas, de los odios injustificados. Por esto quiérese más al lejano país, encuéntrasele más bello, sus gentes más

estimables ; es por esta razón que se juzgan con severidad actos que, por nosotros ejecutados, nos parecerían muy naturales, y damos razón al propietario de allá, únicamente porque discute con nuestro vecino.

Victor Hugo decía con alguna violencia :

*Aucun peuple ne tolère
Qu'un autre vive à côté,
Et l'on souffle la colère
Sur notre imbécillité.*

La mujer que os habla, señoras, que no ha temido la crítica que puede rozarla ó herirla mañana, tendrá aún suficiente ánimo para combatir en alta voz esa debilidad, tan propia, por cierto, de la naturaleza humana. Ella os pedirá, en homenaje al más noble ideal, cuando surja alguna dificultad con otros países, de no hacer responsable á un pueblo entero, de actos oficiales, de ardidés de cancillería, de consecuencia de imperiosas necesidades económicas.

Juzgaremos, entonces, con nuestro criterio indulgente y no nos dejaremos subyugar por la opinión del diario que leemos. Es necesario no condenar, para no ser algún día condenados, y la súplica ha conseguido más victorias que el resentimiento.

El amor inútilmente ofrecido, injustamente rechazado, puede tornarse en odio y atrasar por algunas generaciones la santa obra de la fraternidad.

Todavía resuena en mi alma el clamor de las voces de 5 ó 6000 obreros chilenos, vivando á la paz y á vuestra tierra ; todavía, veo un pueblo numeroso y cul-

to, llenando como en un día de gala el teatro municipal : son ministros, senadores, diputados, diplomáticos, todo el Santiago social é intelectual, y son todos ellos que, entusiasmados, pónense de pie para aclamar el grito de « ¡ Viva la paz ! » con que terminaba mi conferencia... Todavía veo lágrimas en los ojos de las señoras y recuerdo no podía dominar la emoción que me embargaba...

Hechos políticos recientes han venido á echar algunas espinas sobre estas rosas, ¿ y por eso dudaré de la sinceridad de lo que ví, de lo que oí ? No, señoras, amo al pueblo, creo en él, y si me siento feliz al comprobar que vuestra piedad os inclina hacia el más débil, creo también que nuestros hermanos han sido leales en sus discursos, en sus aclamaciones.

Hace un instante os decía y lo repito : « Los pueblos que han lanzado gritos de paz no pueden — sin una inconcebible aberración, — ser cómplices de una injusticia ó de un insulto del uno hacia el otro ».

En sus fatales destinos son arrastrados á menudo por muy pocos culpables, y entonces no tienen sino una sola falta que reprocharse : la de haber silenciado ó bien obedecido, á menudo sin fe...

Si me equivoco, señoras, deseo permanecer en el error, y si estas afirmaciones provienen de ilusiones propias, quiero guardarlas toda mi vida !... Pero no... no me engaño. Es muy cierto que la piedad y la justicia abren ya su brecha : es muy cierto que las clases dirigentes y lo más íntimo del alma popular no están ya al mismo nivel y sienten de otra manera, puesto que en Europa,

el pueblo solo, sin consultar á sus gobernantes recelosos, recibió triunfalmente á un *vencido*, como en otro tiempo recibía á los *vencedores*. *Gloria victis !!...*

Es también cierto que pasó el viajero... la mano tendida... y todavía la tiende, desilusionado, porque los que mandan no piensan ni obran como el pueblo!



Amo como vosotras, con un amor bien sincero, á vuestro país, tan digno de grandes destinos, y por eso encuentro *criminal* el sembrar la discordia entre pueblos cuyos intereses reclaman unión y solidaridad.

Contribuyen á este resultado las crueles montañas, verdadera muralla china erigida por la naturaleza, que nos oculta unos á otros, tornando fáciles la calumnia y la murmuración. No solamente son causas de discordia, sino que separan, á pesar de las voluntades, sembrando de obstáculos el camino, haciéndolo largo, peligroso á veces y dejando entre nuestros vecinos y nosotros, una abertura tan pequeña, que sólo las mentiras y las rencillas logran pasar por ellas!

Todo lo bueno y noble que uno y otro pueblo podrían aprender mutuamente, no encuentra paso suficiente y se detiene desalentado á medio camino.

Oh! mujeres sud-americanas! tan excelentes madres, exigid que la pólvora y la dinamita amontonadas, en los arsenales para estallar sobre el cuerpo de vuestros hijos, sean acarreadas más bien al pie de la montaña. Que despedacen la roca fatal, que la horaden y la mu-

tilen, abriendo en ella ancha herida, y sobre sus bordes, ¡oh pueblos que os desconocéis, tendeos la mano !

Ambos ganaréis, en conoceros, en uniros. Es justo reconocer que los gobernantes sudamericanos, animados de las mismas generosas ideas, obran para que esas aspiraciones no sean vanas y meras esas palabras. Pues, ¿ en dónde se edifica para que sea destruída la casa ? ¿ En dónde se siembra para que se pisotee el surco ? ¿ Para qué amar si hay que expiarlo llorando sobre el hijo ?

Ahora, quisiera que todos interpretaran bien mis palabras : no es menester que los descontentos que nunca faltan, me hagan decir lo que no pienso. Si hablo de paz y unión, no es en detrimento de la propia dignidad, y además, á semejante precio, quién la quisiera !...



Es tan diversamente interpretada, señoras, la palabra *patriota*, y tantos los que podrían creer que me equivoco, que he tenido curiosidad de buscar en el diccionario de los diccionarios, el de Larousse, su verdadero significado, y, satisfecha, he hallado esto : *Patriota* : El que ama á su patria y *trata de serle útil.* » Entrego á vuestra suspicaz meditación estas breves palabras : ¿ Cómo se puede ser útil á la patria ? Fácil es la respuesta para toda alma sana y conciencia recta.

Así, pues, señoras, ningún escrúpulo podrá deteneros para formar parte de la *Liga americana de mujeres para la paz y el progreso.* Vosotras, damas de nuestra

alta sociedad, esposas de hombres de Estado, de ministros, de periodistas, sobre todo, mujeres de valimiento por el prestigio del marido y de los vínculos familiares, vuestra ayuda es siempre útil á toda causa. En ésta casi se impone. No descuidéis la posibilidad de que algún día la temida desgracia llame á la puerta de vuestro hogar trayendo duelo. Entonces, el remordimiento por vuestra inercia y el recuerdo de los ya apagados ojos que tanto amábais, hostigarían vuestras vigiliass con su doloroso reproche... y la idea de la patria quizás salvada, no os consolaría, no, señoras !...

Me dirigiré ahora á la clase intelectual, con la que tanto simpatizo, á las mujeres que prefieren los libros á las fiestas, á las que acostumbran reconcentrarse en sí mismas, estudiar, pensar, compartir con su marido las preocupaciones cotidianas, interesándose en sus trabajos, estimulándole y comprendiéndole, á las mujeres de abogados, de médicos, y á vosotras, sobre todo, pléyade brillante salida de la escuela normal, jóvenes señoras y señoritas, quienes con mayor posesión del idioma, podrían servir mucho mejor que yo esta santa causa. Nunca veo figurar vuestros nombres en la dirección de sociedades. Venid, pues, con nosotras, intelectuales de ideas liberales, aristócratas de la inteligencia, preferidas de la vida, que habéis hallado el medio de gozar de ella por partida doble, aprovechando sus más mínimos instantes, vosotras que os impregnáis de las ideas nuevas, generosas y fecundas de este principio de siglo ; vosotras, que por vuestra instrucción habéis recorrido todas las escalas, y sabéis á qué altura nos hallamos.

Venid, pues, no detengáis el impulso con vuestra perplejidad.

Cuando pienso que en la República Argentina más de 3000 mujeres abnegadas educan nuestras hijas é hijos, inculcándoles principios de sana moral, orientando sus tiernas conciencias hacia lo justo y lo bueno, no puedo menos que exclamar : He ahí las iniciadoras de nuestra gran idea en esos tiernos cerebros, las que ayudando á las madres, podrán todavía hacer más que ellas !

Y si por motivos especiales, vuestros nombres, maestras, profesoras, no se incorporan á nuestras listas, pidoos, á lo menos, vuestra valiosa ayuda moral. Comprometeos íntimamente, jóvenes, á ser las diligentes é incansables obreras de una causa que requiere incesante labor.

Admiraremos vuestra obra, desinteresadas trabajadoras, cuyos nombres no figurarán jamás, no obstante haber hecho mucho, á semejanza de lo que acontece con esos majestuosos monumentos ante los que se extasia el viajero, ignorando cómo se llaman los que han contribuído á su erección. Más tarde, en el ocaso de la vida, en los momentos en que se complace uno en rememorar el bien hecho, ante la prosperidad de vuestra patria, el bienestar de sus hijos, la confiada tranquilidad de las madres, podréis decir : He contribuído á cimentar ese edificio, he esculpido esa orla, he cincelado ese medallón, he coronado su techumbre...

En fin, incorporaos á la liga, hacendosas madres de numerosa familia, á fin de que no se malogren todas

vuestras penas y afanes. *La unión hará nuestra fuerza*, y un tierno pensamiento os animará: el de proteger vuestros hijos. *Liguémonos todos contra la guerra, esa fiesta de los muertos*, como la llamó Platón.



Un publicista famoso, Julio Vallés, escribía: « Siéntome desalentado, pues en lo más profundo de mi sér, siento oculto y retorciéndose como en el fango, el *presentimiento de la indiferencia pública* ».

Pues, señoras, ahora no lo siento; por el contrario, paréceme que una misma alegría, un mismo ideal, nos transporta hacia radiante luz. Me comprendéis, bien lo sé. Conozco demasiado el corazón de la mujer, para ignorar que ante una idea grandiosa como ésta, resumiendo la palabra de Jesucristo. « Amaos unos á otros », ella no permanecerá insensible. Y al enceguedido que dudaría de la ternura de su corazón, le diría: Preguntad al moribundo ó al herido, cuál es la mano más suave, cuál es el sér que da mejor el consuelo, en qué ojos se ve reflejar con más fidelidad la angustia compartida de sus últimos momentos, quién prodiga con más munificencia la desinteresada limosna de la piedad. *La mujer!* señores.

Y esa piedad vencerá á la guerra!



No puedo resistir al deseo de leer aquí antes de ter-

minar, el final de un artículo aparecido en el *Mercurio* de Santiago de Chile, escrito por una distinguida dama chilena, al día siguiente de mi conferencia :

« El congreso médico de Chile ha tenido la suerte de unir á la ciencia y al trabajo que representa una humanitaria y poética iniciativa. Ella ha entrado á nuestra sociedad trayendo la rama de oliva con que se tejerá la corona inmortal que debe unir á todos los pueblos en un solo círculo de caridad y de paz. Ha venido á nuestros hogares, como entra el rayo de sol al aposento frío, dejando luminosas sendas en donde se agitan presurosos y brillantes, miles de átomos imperceptibles que dormían en la obscuridad. El corazón de la mujer chilena ha despertado al calor de su elocuente divisa : « Guerra á la guerra ! ».

Hay en estas breves líneas dos ó tres pensamientos tan delicados, tan tiernos, que al volverlos á leer se presenta á mi mente la rubia encantadora y delicada que las escribió. Digamos también como nuestra gentil hermana : — « Guerra á la guerra ! ».



Toda objeción sana, justa, lleva en sí una fuerza. Esta acrecentará con la nuestra. Siempre, sin cansarnos, afirmaremos bien alto nuestras ideas, hablando de los pueblos vecinos ó rivales, con la más grande indulgencia y la más suave bondad ; proclamaremos con convicción que los pueblos se aman, más que se aborrecen, que se debe desarrollar y hacer conocer esta afec-

ción latente del corazón humano hacia los semejantes. Á nosotras nos toca hacer vibrar la cuerda del sentimentalismo. La instrucción que hemos recibido, bien distinta de la de los hombres no nos ha permitido ser *logiciennes*, presentando argumentos sólidos y victoriosos. Pero, en cambio, somos unas *sentimentales*, y es el más hermoso elogio que nos puedan hacer. El *sentimentalismo*, que por antítesis llaman *debilidad*, es la fuerza moral más irresistible, lo mejor que posee el alma humana ; el antídoto del egoísmo ; es la sensibilidad tierna, infantil, generosa, que nos hace llorar por el sufrimiento ajeno y nos puede llevar hasta el heroísmo. Es el secreto de las victorias y de la gracia moral de la mujer.



Las feministas nos enseñan que ya pasó para nosotras el tiempo de la inercia, nuestra edad media. Es dulce ser amadas y dejarse amar, pero esa quietud egoísta no conviene á las almas generosas ; mostremos á nuestro turno á la humanidad, que la amamos y ayudamos con nuestro concurso. Añadid, argentinas, á vuestra reputada belleza física, ese rasgo de belleza moral al cual os inclina vuestro carácter suave de por sí.

Voy á concluir, señoras y señores, pues comprendo que he abusado de vuestra benevolencia y terminaré por estos votos que ciertamente ratificaréis.

Es menester que en todo el continente americano reine la armonía anhelada por las almas altruistas ; que

ningún pueblo envidie á otro la parte que no le pertenece, que desaparezcan opresores, oprimidos, si los hay : que los vencedores de antaño olviden bastante la victoria para no hacer pesado y odioso el rescate ; que el amor, la ayuda, el socorro, imperen en el continente americano de norte á sud, de este á oeste, barriendo como pampero generoso las viejas rencillas, las enemistades, como vuestro pampero barre las epidemias ; que la riqueza, grandeza de la patria y por tanto, el bienestar del ciudadano, sea el único objetivo de los gobernantes. Pues nadie negará que estamos en una era de progreso. Y el *progreso*, ¿ es la muerte ó la vida ? Es la vida, señores, tolerante, generosa y justa para todos. Cuántos beneficios surgen de nuestro ideal : la paz !

Millares de mujeres trabajan en Europa para obtener este resultado : imitémoslas pensando que muchas piedras alineadas forman temibles murallas y cantidad de gavillas, opulentas cosechas. Tengamos confianza : el tiempo ansiado vendrá, tal vez está muy próximo. Las sanas intenciones, tarde ó temprano dan sus frutos, y mucho antes del congreso de La Haya, algunos precursores hablaban ya de una aurora radiante y próxima.

Si llegamos á contemplar esta aurora bendita, estaremos orgullosos de haberla arrancado á la noche y de haberla hecho resplandeciente.

Á la obra, pues, mujeres todas : ricas y pobres ! Que nuestra fe y nuestra caridad se unan á las de nuestras hermanas americanas. Ofrezcamos juntas al nuevo siglo este presente de feliz advenimiento y con nuestros hijos en los brazos, exclamemos : « *Viva la paz !* ».

Después de terminada la conferencia, el señor Bernabé Demaría, pronunció las siguientes palabras :

« Señoras, señores, acabamos de oír las elocuentes palabras de la señora de Coni, sugeridas por los más patrióticos y sublimes preceptos del cristianismo ; y esas tiernísimas palabras pueden sólo compararse con los bellísimos y filosóficos renglones de la célebre *Lelia*, peregrina creación de la famosa Jorge Sand, francesa como lo es la señora que acabamos de escuchar, y además argentina, por ser la esposa de nuestro muy distinguido higienista el doctor Coni, y por el amor, que nos acaba de probar, que profesa á nuestra patria, en un delicado estilo, que revela la exquisita sensibilidad de la inspirada mujer, al repetirnos, con melodiosos acentos, las sagradas máximas de Jesucristo. »

